



Seix Barral

Mario Santucho

Bombo, el reaparecido





Seix Barral Biblioteca Breve

Mario Santucho
Bombo, el reaparecido

Parte I

LA REPARICIÓN

1.

Lo primero que debe decirse sobre Julio Ricardo Abad es que casi nadie lo conoció por su nombre legal. Nació a mediados del siglo veinte en una comarca azucarera del sur de Tucumán y desde pibe lo llamaron *Bombo Ávalos*.

A los dieciséis años se incrustó un colmillo de oro y antes de llegar a la mayoría de edad se enroló en el Ejército Revolucionario del Pueblo, donde alcanzó el grado de capitán. Allí lo rebautizaron con el nombre de guerra *Armando*.

A finales de 1976 fue secuestrado por efectivos del Ejército argentino. Desde entonces su memoria se perdió en el ultramundo de la desaparición física.

Hasta que en 2013 reapareció como un espectro fugaz en su Santa Lucía natal. Y las preguntas se precipitaron. ¿Cómo que el capitán *Armando* está vivo si sabemos cuándo, dónde y quiénes lo secuestraron? ¿Cómo que volvió si varios testigos afirman haberlo visto en sendos centros clandestinos de detención soportando salvajes tormentos? Admitamos aunque sea por un segundo que el *Bombo* sobrevivió: ¿es posible que se haya mantenido cuarenta años en el más estricto anonimato, en una suerte de dimensión paralela?

Este enigma se convirtió para mí en un campo magnético en torno al que comenzaron a surgir otros interrogantes incómodos. Julio Ricardo Abad no ha sido parte, ni

lo será, del panteón de héroes revolucionarios que construyó la iconografía progresista. Tampoco ocupa un lugar destacado entre las víctimas que los organismos de Derechos Humanos inscribieron en el gran mausoleo de la memoria estatal. Un exponente de las clases más «atrasadas» de la sociedad, carente de formación académica y de trayectoria laboral, que toma un arma y se interna en la selva sin haber reportado antes en organizaciones sindicales ni estudiantiles, no es alguien que cotice alto en los anales historiográficos del setentismo.

Existe un argumento más sórdido para tender un manto de olvido sobre el *Bombo Ávalos*. Me refiero a las sospechas sobre su colaboración con la dictadura. Los indicios no son concluyentes, provienen en su mayoría de torturadores o servicios de Inteligencia, pero un prejuicio implícito induce cierto razonamiento tal vez inconsciente: si hubo miembros de las clases medias y pudientes que se entregaron en cuerpo y alma al ideal colectivo, que por su convencimiento ideológico ocuparon lugares de dirección en las organizaciones revolucionarias, y aun así fueron quebrados por la tortura, ¿por qué alguien plebeyo y más bien inculto se inmolaría por la causa?

El *Bombo* tuvo una vida intermitente, difícil de descifrar, con ribetes siniestros y pliegues heroicos. Como una bella cicatriz. Esta es su biografía imprevista. La historia de un desaparecido que volvió a un mundo que ya no lo recordaba. Y es también una reflexión sobre el viejo tema de la violencia que aquellas generaciones abrazaron, en busca del sueño perdido de la revolución.

2.

Aquel día lluvioso de febrero de 2013 el pueblo dormía la siesta. Un hombre mayor se desliza en bicicleta sobre la ruta provincial 307. Va camino al cerro Aconquija. A su derecha se recorta un antiguo ingenio azucarero, sobre el fondo verde del monte tucumano. El edificio, inmenso, yace en ruinas. Parece un espejismo. La imagen es conmovedora.

El sujeto franquea el arco de entrada a Santa Lucía e ingresa por Libertador, la arteria principal del poblado. Aunque intuye que nadie lo reconocerá, al fin y al cabo cuarenta años son demasiado tiempo, un miedo añejo atiza sus heridas. Sin proponérselo tuerce a la izquierda en el primer refugio para evitar la plaza, la rotonda, la iglesia. Bordea el muro derruido de la fábrica de azúcar abandonada, hasta la avenida Marco Avellaneda, y otra vez a la izquierda.

Un extraño sopor flota en el ambiente. El vaho le penetra por los ojos, la nariz, la boca, como el frío a los motociclistas en invierno. Mira de reojo la vieja administración del ingenio donde hoy funciona una biblioteca comunitaria. Ensaya un gesto de saludo al guardián de la empresa Alcofás y recibe como devolución un gruñido torvo. «Qué mala onda tienen estos», piensa. Ve un almacén abierto, se apea de la bici y entra.

La viva estampa del *Zurdo* Fernández, su amigo de la infancia, le provoca un escalofrío. Está igualito, aunque

con arrugas. El *Zurdo* charla con una anciana que si la memoria no falla debe ser doña Ramona. Entonces saludada y pide una gaseosa, mientras siente que lo escanean con la mirada. Desde el fondo del negocio irrumpen una doña que trata de «mami» a Ramona. Debe ser María Orozco. El forastero pregunta qué fue de Lucía Cañas, la de acá a la vuelta. «Al José lo llevaron los militares», responde María, que parece simpática. «Los Cañas se mudaron a la par de la iglesia», completa y sale de escena.

Bombo comienza a sentirse cómodo. Algo le inspira seguridad. Una tenue brisa infantil, quizás ancestral, le reafirma que está en su lugar de origen.

De repente, esa famosa voz que «viene de adentro» habla por él. Lo desboca. «¿Ustedes saben quién soy?», pregunta.

Los ojos saltones del *Zurdo* se achinan. Ramona se pone rígida de suspenso e intriga. Él mismo no había calculado el advenimiento de este instante límite. Sabe que está dando un paso sin retorno. «Soy el *Bombo Ávalos*», anuncia y sonríe.

Luego pregunta por su familia, dice que anda de paso, que tiene que ver a alguien en la Banda del Río Salí, se despide y sale del negocio. Todavía deja un último rastro: a la altura del sindicato UATRE se cruza a un chango e intercambian miradas sin saludarse. Es el hermano de María Orozco, que dos minutos más tarde llega al negocio, donde hay revuelo. Doña Ramona, ni bien el aparecido emprende la retirada, ingresa a la casa y se abalanza sobre su hija: «¿Sabés quién era ese?». María pega un grito al enterarse. Corre con la intención de alcanzarlo. Pero el *Bombo* ya se había esfumado. Otra vez.

3.

Emmanuel Carrere publicó en 2014 una novela sobre el cristianismo que es también un ensayo sobre lo que significa vérselas con un resucitado. *El Reino* describe las reacciones de quienes escuchaban al apóstol Pablo anunciar la resurrección del mártir Jesús: «tras un momento de estupefacción, una parte del auditorio se entusiasma mientras la otra clama contra la blasfemia».

Algo similar me sucedió al transmitir la noticia de la reaparición del *Bombo*.

El grupo de los incrédulos se nutrió de exmilitantes que lograron escapar a la muerte.

El *Indio* Mario Paz, por ejemplo. Salteño, morocho, petiso, morrudo. En la guerrilla le decían *Daniel*. Cayó prisionero el 12 de agosto de 1974 tras el fallido asalto del Ejército Revolucionario del Pueblo (ERP) al Regimiento de Infantería Aerotransportada de Catamarca. Allí se salvó por poco de los fusilamientos de Capilla del Rosario donde 16 combatientes fueron ejecutados. Luego vivió nueve años en las cárceles de la dictadura. Considera imposible el regreso de su antiguo camarada: si alguna lógica tuviera ese rumor, me dice, habría que replantear todas nuestras teorías sobre el tema de la traición.

Edgardo Fontana es entrerriano, gringo, siempre vital, lo llaman *Cambá*. Integró el Movimiento Revolucionario 17 de Octubre, un grupo distinguido del peronismo revolucionario. En el exilio español le decían *Veneno* por

el ánimo corrosivo. Retornó ni bien los militares desalojaron el gobierno en 1983 y pronto supo que el país nunca volvería a ser el mismo. Su hermana Lily asumió con él la pasión por la militancia. Pero ella no zafó y, para colmo, estaba embarazada. *Cambá* sabe, con esa seguridad que otorga la experiencia, que Julio Ricardo Abad no puede seguir en esta vida. «¿Sabés cuántas veces nos dijeron que habían visto a mi hermana?».

Rolo Diez, grandote de andar cansino y razonar chispeante, se crio en el corazón de la pampa húmeda. Formó parte del dispositivo de inteligencia del Partido Revolucionario de los Trabajadores (PRT). Luego partió al destierro para recalar en México, más precisamente en Colonia Roma. Hoy es un multipremiado escritor de novela negra. Por mail le pido su impresión sobre la reaparición del *Bombo Ávalos*. Cito textual la respuesta: «En cuanto al tema del justiciero supuestamente muerto por el enemigo pero que en realidad está vivo, suele ser más literario y mitológico que verdadero y político. Zapata montado en un caballo blanco era leyenda en Morelos años después de su muerte. Claro que puede haber un caso en que sea cierto, pero concretamente en este no se me ocurren ni motivos para que le perdonaran la vida ni posibilidades de llevar una existencia oculta para todos los que lo conocían».

En el bando de los creyentes se alistan los testigos de la aparición. El *Zurdo* Fernández y María Orozco crecieron en el barrio de los Pabellones, límite suroeste de Santa Lucía, camino a Las Dulces. María, cincuenta y cuatro años, vive en un hogar sólidamente constituido, con portal y cocina comedor a la calle, y un patio enorme que sueña convertir en salón de fiestas cuando su marido se jubile de la empresa agroexportadora en la que trabaja hace tres décadas. «Mi mamá es gente de antes, lo conocía al *Bombo* de chico, no se pudo haber equivocado; además,

él se identificó», dice convencida cuando le sugiero que pudo haber un error.

Con el *Zurdo* no logré traspasar la coraza gélida y jabonosa que los santaluceños fraguaron luego de la apoteosis represiva. Fue en uno de los últimos viajes que hice al pedemonte. Corrían los primeros días del año pero el calor no asustaba. Yo me había propuesto rastrear la letra chica de la reaparición del *Bombo* y el amigo Raúl Suárez, alias *Sapo*, lo apalabró a Fernández para que brindara su trascendental testimonio. Lamentablemente solo conseguí extraerle monosílabos que confirmaban el milagro pero no agregaron un ápice de espesor a la noticia.

«No sé si le creo. ¿Vos pensás que puede ser cierto?», le pregunté al *Sapo*.

Su mirada me hizo sentir el significado preciso de la palabra imprudencia. Acto seguido explicó que si el *Zurdo* decía haberlo visto es porque precisamente eso fue lo que sucedió; que no existía posibilidad de pifia porque conocía desde siempre a la familia Abad; y que él también estaba convencido de que el *Bombo* andaba vivito y coleando.

4.

Bombo nació el 3 de agosto de 1952. Cuatro años más tarde llegó su primer hermano, Víctor Alberto. La familia Abad se había asentado en Mansupa, paraje del extremo nordeste de Santiago del Estero, cerca de las Termas de Río Hondo. Un mes y medio después del segundo alumbramiento, murió María Reyes Coronel, la madre de ambos. A los veintiséis años la mató un rayo. Dice la leyenda que mientras amamantaba a su bebé cayó un trueno asesino. Esa fue la primera tempestad.

Julio Ricardo y Víctor Alberto tuvieron desde entonces algo muy importante en común: buscaban una foto para recordar a su mamá. Investigaron por todos los lugares posibles. Hubieran pagado para conseguir algún retrato. «¿Querés verla a tu madre? Andá a ver a tu tía Celia, que es muy parecida», los consolaba la parentela.

A poco del trágico accidente, papá Ricardo Romualdo regresó a su Tucumán de origen con los críos a cuestas. En esa época había trabajo en los cañaverales. Cuentan que el apellido de la estirpe originariamente era Ávalos, y no está claro por qué Ricardo Romualdo terminó siendo Abad. La versión más confiable señala que en el Registro Civil se confundieron. O que la partida de nacimiento era ilegible. Pudo haber sucedido en 1939, cuando el padre de Julio y Víctor cumplió dieciocho años y se alistó en el servicio militar. Por ese entonces la leva castrense era

el momento utilizado por el Estado para recontar a la población excedente.

Los santaluceños cultivan un intenso apego por los apodos. Es habitual que la mayoría no recuerde o incluso no sepa el verdadero nombre de pila de su mejor amigo. Pero basta evocar la suma de mote y apellido para reconocer a la persona aludida. *Audaz* Ahumada fue uno de los más exactos que conocí. Estaba muy tierno cuando su padre el *Mago*, experimentado sindicalista del pueblo, fue asesinado por los militares. Quiso vengarlo y por eso también fue guerrillero. *Audaz* murió hace poco ahogado en alcohol, renegando por las ilusiones perdidas. *Picaflor* Cisneros es otro alias inolvidable. Al empleado de Vialidad le dicen *Caradura*. Y así.

Conseguir un alias es conquistar la singularidad. Pero nuestro protagonista parece huir a la individualización. Su caso es el de quienes heredaron sobrenombre. *Bombo* original es papá Ricardo Romualdo; el *Bombo* que se hizo famoso es su hijo Julio Ricardo. En cuanto al apellido, para los paisanos siguió rigiendo el original. Conclusión: Julio Ricardo Abad es en verdad el *Bombo* Ávalos. Todo parece hecho para despistarnos.

5.

Asunción Albarracín despedía la adolescencia cuando Ricardo Romualdo Abad llegó a Santa Lucía con un brazo adelante y otro atrás, un hijo de cuatro años, otro en edad de amamantar, y una viudez trágica en el morral. La *Pila*, según su apodo santaluceño, tuvo que esperar la mayoría de edad para que su padre autorizara el casorio con aquel desdichado que orillaba las cuatro décadas de vida. Corría el año 1958. En el ingenio azucarero asomaba la última crisis. El dulce ensueño desarrollista de la burguesía tucumana llegaba a su fin. Y, en la agonía, se cocinaba un violento grito de desprecio plebeyo.

Julio Ricardo y Víctor Alberto se criaron en aquel mundo en declive, mientras nacían una media docena de nuevos hermanos: Raimundo, Domingo, Sixto, María, Oscar, Silvia y José. La familia se amuchó en un rancho del barrio Zavaleta, límite noroeste del pueblo, a la par del cañaveral. La primaria fue en la escuelita de Las Mesadas, cinco kilómetros hacia el cerro. Iban en un burro que el padre le había ganado jugando a la taba a un señor de Tafi del Valle. Julio adelante, Víctor atrás, y en el medio Raimundo, a quien le decían *Curita* porque era pelado y montaba el asno.

La taba sigue siendo una insigne actividad lúdica en el sur tucumano, semiclandestina y regada con abundante licor. Se arma los viernes de tarde y recién el domingo a la caída del sol los jugadores, zigzagueantes, retornan

a sus hogares. Asunción todavía recuerda cuando mi papá, Mario Roberto Santucho, iba a su casa a tirar el hueso. Dice que se juntaban con la muchachada y cuando venían los milicos se perdían entre las cañas. A la gente del pueblo le gustaba arriesgar, pero siempre hubo alcahuetes.

La otra gran tradición timbera de la región es la riña de gallos. Ricardo Romualdo preparaba pollos para el combate. Según Raimundo, su papá criaba los mejores peleadores de Tucumán. Y venían de distintos parajes a comprarle: de Santiago, Monteros, Concepción, de la Cocha, hasta de San Miguel. Las refriegas se celebraban en su casa. Si los policías andaban estrictos, el tinglado se mudaba a los cañizales, donde la huida era segura. Julio Ricardo y Víctor Alberto se encargaban de la vigilancia y debían dar la voz de aviso si aparecía la autoridad. Cierta vez se pusieron de acuerdo y gritaron al unísono «¡Viene la policía!». Aprovechando la estampida, los gamberros se hicieron con el dinero desparramado entre los surcos.

El travieso Víctor lleva en su memoria unas cuantas zurras paternas. Se entretenía jugando a la bolitas y descuidaba los gallos que habían quedado a su cargo. El gallo de pelea es como el boxeador. Tiene su alimento especial, come «maíz pichinga», huevito duro, no puede tomar agua sucia. Nunca llegó a comprender cómo hacía el viejo para percatarse de sus negligencias. En el círculo más íntimo a Víctor lo apodaron *Ispa*.

El *Curita* también fue víctima de las caricias de papá. Recuerda una fusta para caballos. Y un látigo al que le decían silbador porque terminaba finito y hacía *fiú*. Cuando migró a Buenos Aires, ya huérfano y huyendo de la represión militar, le descubrieron varios coágulos en el lomo producto de los palos del progenitor. Las huellas físicas de la violencia se curan con pastillas e

inyecciones; las marcas en la memoria no tienen fecha de vencimiento.

Extrañamente, al *Bombo* nunca le pusieron una mano encima.

6.

El primogénito se las ingenió para disponer un espacio propio en el precario hogar del clan Abad. A contrapelo del típico niño de pueblo, ducho para la pelota y con el norte fijo en escalar la pendiente social, *Bombo* cultivó el intelecto mientras la flecha de su deseo apuntaba hacia el enigmático monte silvestre. No era precisamente un líder. Más bien un *rara avis*.

Pila Albarracín recuerda con resentimiento a aquel muchacho a quien crio. Lo considera responsable de la catástrofe familiar. Pero admite que tenía una «inteligencia bárbara». Hablaba como si estuviera leyendo un libro.

Al *Curita* Raimundo le costó primer grado. Gracias al apoyo del *Bombo* aprendió a multiplicar, a dividir, a leer, a escribir. Víctor no consiguió terminar la primaria, mientras el hermano mayor en un año aprobaba dos ciclos escolares. A menudo se rateaban, el burro enfilaba hacia el río, les gustaba pescar.

Bombo no era de juntarse con la gente. Fuera de la familia lo consideraban poco sociable. Se hizo fama de solitario y tomaba distancia del común de los mortales. Tenía una pieza chica, la cama, sus libros que nadie podía tocar. Hay versiones que hablan de un asma juvenil milagrosamente curada luego de algunos viajes misteriosos a Bolivia y Chile.

Una anécdota muestra lo inescrutable que podía ser el *Bombo* para los paisanos. Ramón Robles, el *Mechudo*,

creció en Las Mesadas y fue su compañero de colegio. Solía andar en el carro con Don Ramón Humberto, su papá. Más de una vez le dieron un aventón al piberío Abad. Un día los montaron a la altura del Pabellón, camino a la escuela. El *Bombo* hizo un gesto brusco con el sombrero como de echarse aire por el calor, justo en la jeta de la mula, que era novata y se asustó. El coche salió disparado. Al volante iba Ramoncito y no lo podía parar. Don Ramón iba durmiendo una curda: ni se enteró. Los pasajeros se aferraron al carro, cundió el pánico, el chofer tuvo que tirarse al suelo para frenarlo. Casi se matan. La duda que el Mechudo nunca logró despejar es si el incidente tuvo un origen involuntario, o si se trató de una picardía de aquel morochito flaco y temerario.

Madrastra Asunción maldice con amargura la libertad que su esposo le otorgaba al mayor de la prole. Aunque la perdición, como suele suceder, fue cosa de «la junta». Andaba con el delegado *Ñato* González. Y con el *Zurdo* Jiménez. Hablaban de política «y le ha empezao a gustar».

Otro compañero de generación, el *Sapo* Suárez, dice que el *Bombo* estudiaba la magia roja y negra. Que tenía libros sobre el tema. Los vio en la bolsita de lona donde llevaba los útiles de la escuela. Y considera que quizás haya sido por eso que los milicos nunca lo pudieron atrapar. Porque la magia enseña a desaparecer.